

Espejo

La Frontera sur

POR LORENZO MEYER

LA imagen de uno mismo es producto de la visión que tienen los demás de nosotros. Creo que lo mismo es cierto para un país, aunque quizá de manera más complicada. Es por ello que la idea que los mexicanos tenemos de nuestra comunidad nacional está determinada en buena medida por la forma como el resto del mundo nos percibe.

Los contactos de México y los mexicanos con el mundo exterior son múltiples y se dan en multitud de lugares y circunstancias, pero adquieren particular intensidad y dramatismo en nuestras dos fronteras. Para bien o para mal, estas fronteras son espejos a través de los cuales tomamos conciencia de nuestra naturaleza colectiva y de nuestro lugar en el mundo.

*

CASI desde el principio, nuestra obsesión ha sido la frontera norte, aquella que nos une a un vecino extraordinariamente fuerte y temible. Es ahí donde ha habido un intenso comercio y una gran violencia, donde el contraste entre lo mexicano y lo extranjero llega al extremo, donde se ha forjado lo mismo el nacionalismo que los sentimientos de inferioridad. En contraste, la frontera sur ha sido la frontera olvidada, pero la crisis de América Central nos ha obligado a su redescubrimiento. Y la imagen que nos ofrece dista de ser

la que más nos agrada. Para empezar, es necesario admitir que la relación histórica que hemos tenido con algunos de nuestros vecinos inmediatos del sur ha dejado que desear. Desde Guadalupe Victoria, Mé-

xico se ha pronunciado sistemáticamente en favor de la solidaridad latinoamericana. Sin embargo, muy temprano —1823 para ser exactos— usó la violencia en relación con El Salvador. Nuestra actitud y conducta en el conflicto con Guatemala por Chiapas y el Soconusco no fueron tan claras como se pretende. Por otra parte nuestro apego al principio de no intervención tampoco fue obstáculo para apoyar en el siglo pasado a quienes buscaron echar por tierra los esfuerzos de una unificación centroamericana encabezada por Guatemala.

Desafortunadamente, las contradicciones mexicanas han cambiado, pero no han desaparecido. Por un lado, nuestros dirigentes están empeñados en un loable esfuerzo por defender la integridad y la soberanía de cada uno de los países de América Central ante las políticas intervencionistas de las grandes potencias. México insiste en la conveniencia de soluciones negociadas —es decir, pacíficas— que permitan superar la violencia y la brutalidad que cotidianamente acompañan los procesos de descomposición y reconstrucción de los sistemas políticos centroamericanos.

EL acuerdo petrolero de San José o nuestra participación en el grupo de Contadora nos proporcionan una imagen de México de la que podemos estar orgullosos. Desgraciadamente no es este el caso por lo que se refiere a la acción de las autoridades migratorias en la frontera sur. La semana pasada este diario publicó un par de noticias que, sin descubrirnos nada nuevo, nos obligan a confrontar el lado oscuro de nuestra relación con Centroamérica. La primera se refiere al trato humillante que dan los agentes de migración a los centroamericanos que deportan. En el caso específico reportado, las personas afectadas vieron en la policía guatemalteca una protección frente a los mexicanos. La otra noticia se refiere a una extendida práctica de las autoridades migratorias de extorsionar a los centroamericanos que buscan ingresar en México. Hace quince o veinte años

Espejo.- La Frontera sur

Sigue de la página siete

Estos agentes se conformaban con sacar a sus víctimas cinco o diez dólares, pero ahora, ante la urgencia de los que llegan han elevado sus cuotas a treinta e incluso noventa mil pesos, dependiendo de si los papeles están o no en regla.

Muchos de los que pagan esta extorsión son salvadoreños que se internan a nuestro territorio para quedarse aquí o, sobre todo, como paso para ir a Estados Unidos a trabajar como ilegales. Según ciertos cálculos, esta oleada de centroamericanos que la crisis ha lanzado sobre México llega ya al cuarto de millón. Ellos tratan de perderse entre nosotros, pero las autoridades migratorias los detectan en la fron-

tera, en los aeropuertos, en los hoteles, etcétera, y ahí les hacen víctimas de la extorsión.

★

ESTE indigno comercio con las necesidades y angustias de los centroamericanos se ha convertido en un gran negocio por el aumento en el flujo de los que quieren ve-

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

Espejo.- La Frontera sur

Sigue de la página ocho

venir a México. Y también porque es un asunto de bajo riesgo, ya que el salvadoreño o el hondureño víctimas del trato humillante y la extorsión rara vez oponen resistencia y hacen denuncias. Sin embargo, el que ellos no se quejen no nos debe llevar a desdeñar la seriedad del problema; al contrario, hay que denunciarlo porque es injusto y porque degrada a la

sociedad mexicana en su conjunto.

Sea cual fuere la política que nuestras altas autoridades decidan seguir en relación a los centroamericanos refugiados, indocumentados o simples turistas, esta tiene que ser clara y no dejar lugar a la humillación ni al soborno. Y esto se hace necesario no sólo por motivos éticos sino también políticos. De seguir esta corrupción sin control, la fuerza moral del gobierno mexicano se

verá disminuida tanto por lo que se refiere a su gran política centroamericana como frente a la acción del gobierno estadounidense en contra de los trabajadores indocumentados mexicanos. Ya es tiempo de que la frontera sur sea un espejo que nos devuelva una imagen propia ante la cual no tengamos que avergonzarnos y que en cambio nos dé fuerza y confianza en nuestra lucha en la frontera norte.